

Los mártires, testigos de la Pascua

No hay mayor amor...

Tras finalizar la Semana Santa, la Iglesia católica ha vivido, y vive, una Pascua que da sentido a su fe. La Resurrección es la causa de esa alegría innata en los ojos del cristiano, que proviene de la certeza de que no está solo, de que más allá del dolor y de la muerte hay una respuesta eterna que colma la vida. El sufrimiento en la cruz no es un sufrimiento absurdo y vacío. ¿Quién pondría sus ojos en una fe que habla de dolor, y más dolor, sin más, porque sí?

Reportaje de **A. Llamas Palacios**

Cristo murió en una cruz, y no lo hizo para sembrar la tierra de cruces que simbolicen dolor y muerte; sino para sembrar la tierra de cruces que simbolicen esperanza y amor, entrega y, sobre todo, perdón. De entre todos sus seguidores, aquellos que más hicieron porque su vida se asemejara a la de Cristo son los mártires. Ellos dieron su bien más preciado, su única posesión, en definitiva, que era su propia vida. La dieron, muchos de ellos, entre grandes sufrimientos, siendo completamente inocentes, y perdonando a sus asesinos. No eran locos, alucinados o iluminados: en la historia del cristianismo ha habido cientos, miles, probablemente millones de mártires niños, adultos y ancianos. Y en todos ellos se dan las mismas características.

En España tenemos un importante testimonio martirial, tan reciente, que aún existen testigos oculares del mismo. Hoy, en esta aparente calma de libertades, resulta difícil de creer que hace setenta años, en este mismo país, se llevara a cabo una terrible persecución religiosa que duró desde el comienzo de la Segunda República, en 1931, hasta el final de la Guerra Civil, en 1939, y que acabó con un número de vidas que aún, en el siglo XXI, son un misterio. Al menos las vidas de laicos asesinados por su fe, ya que éstas son más difíciles de demostrar, pues siempre se puede argumentar que fueron asesinados por simpatizar con uno u otro color político. Mientras tanto, podemos quedarnos con el número de sacerdotes, religiosos y religiosas martirizados: 7.000. Ellos sí que son indudables mártires de la fe, pues ninguno de ellos portaba un arma, militaba en un partido, ni se manifestaba a favor de un signo u otro político.

Pasados los años, con el objetivo de no reabrir las heridas, que tardarían generaciones en desaparecer, la Iglesia evitó mencionar esta persecución religiosa, aunque lo cierto es que transcurrió paralela a la contienda. Cincuenta años más tarde comenzaron los procesos de beatificación de muchos de ellos. Y el último gran proceso finalizado, que culminó con la beatificación de 498 mártires del siglo XX, en la romana plaza de San Pedro, tuvo lugar el pasado 28 de octubre de 2007. Fue una gran fiesta de la fe. Con ellos, ya hay 977 mártires de aquellos años beatificados en España, de los que 12 han sido ya canonizados. Pero los Procesos continúan. Son muchísimas más las Causas pendientes, y, como ejemplos de vida para los cristianos, es necesario no olvidarlos nunca. Por eso, en este tiempo de Pascua, recordamos aquella frase «No hay mayor amor que el de quien da la vida por sus amigos», y, como muestra, ofrecemos, en estas páginas, algunas vidas ejemplares.

María de la Piedad Suárez de Figueroa y Moya *Piedahíta, mártir de La Mancha*

La historia de Piedahíta, como era conocida popularmente María de la Piedad, es una historia especialmente conocida y divulgada. Hace 25 años, don Jaime Colomina, director de la Oficina para las Causas de los Santos en Toledo, escribió la obrita *Piedahíta, mártir de La Mancha*. Desde hace años se reciben numerosas cartas, de lugares tan lejanos como Miami (Estados Unidos), narrando favores debidos a la intercesión de Piedahíta.

La hoy Sierva de Dios María de la Piedad Suárez de Figueroa y Moya nació en Villanueva de Alcardete (Toledo), el 16 de febrero de 1909. Tuvo un hermano, tres años mayor que ella, que murió asesinado cruelmente días antes que ella. (Fue descuartizado, y en sus heridas echaron sal y vinagre). Mientras que su hermano estudió dos carreras universitarias, ella tan sólo recibió la formación Primaria en la escuela pública de Villanueva, completando su formación religiosa en el hogar y en la parroquia. La gente que la conoció afirmaba que sobresalía en ella la fe sencilla, fuerte y plenamente católica. Su piedad cristiana estaba centrada en tres grandes amores: Jesús sacramentado, la Virgen y san José. Como prácticas diarias: la Comunión, el rezo del Rosario y la oración mental. Su caridad, en especial hacia los más necesitados, fue uno de sus distintivos. Fue Presidenta local de la asociación de Hijas de María. Al estallar la guerra civil, la obligaron a entregar la bandera de esta asociación, y por lo mismo la encarcelaron dos o tres días, durante los cuales fue sometida a pequeñas torturas, después de las cuales la mandaron a casa. Durante los últimos días del mes de agosto y primeros de septiembre de 1936, ofrecieron a la joven un salvoconducto para marcharse a Madrid. Pero no tuvo tiempo: según los testimonios, el 5 de septiembre de 1936 fue detenida nuevamente, junto a su madre.

Piedahíta fue brutalmente asesinada delante de su madre en la madrugada del 6 de septiembre de 1936. A nadie dejó indiferente la crueldad con que la trataron. Baste decir que fue violada, incluso después de muerta. Sus asesinos fueron juzgados por el propio Gobierno de la República, como consecuencia de la lucha por el poder entre los partidos políticos del Frente Popular, como se puede ver en este ejemplar del periódico *Castilla Libre*, de la Confederación Regional Anarquista.

Alfonso Muñoz Tejada

Trabajador y padre de familia

Nació el 23 de enero de 1884. Era natural de Vitoria (Álava), y, siendo muy joven, ingresó en el monasterio franciscano de Aránzazu, siguiendo la que creía su vocación, hasta que una grave enfermedad en los ojos le obligó a abandonarlo. Su madre, viuda, tenía un comercio en Vitoria que él regentaba. Después de unos años, vinieron a Madrid y se hizo cargo de una droguería que pertenecía a una hermana de su madre, en pleno centro de la capital. El 5 de noviembre de 1911, contrajo matrimonio con Rosario Bernal, en la iglesia de Santa María la Real de la Almudena (hoy la cripta de la catedral). De ese matrimonio nacieron cinco hijos: Esperanza, José, Gabino, Carmen y Alfonso, que hoy es sacerdote.

Aunque el sueldo que obtenía con su trabajo no era alto, nunca dejó de socorrer a familias necesitadas, privándose a menudo, por esta causa, hasta de lo necesario, como ropa o alimentos. Al mismo tiempo mantuvo siempre una viva inquietud social, y participó en la fundación en Madrid del Sindicato de Obreros Católicos. Movidó en todo momento por su fe en Jesucristo, pertenecía a la Adoración Nocturna. Su fe se vio ya puesta a prueba al instaurarse la República, cuando, con la quema de conventos, las religiosas adoratrices le pidieron protección. Aquello le tuvo muchas noches sin dormir, con la ayuda de sus hijos José y Gabino. Al estallar la guerra civil, algunos trabajadores de la droguería que regentaba, y de otra droguería cercana, le denunciaron por *oler a cera* —decían—, por ser católico y practicante, y dedicar atenciones especiales a religiosos y religiosas. Esto le obligó a tener que esconderse en casa de una portera vecina, Lucía Guzmán, que, durante aquellos días, les comunicaba a su esposa e hijos que Alfonso pasaba mucho tiempo en oración, ofreciendo su vida a Dios, preparándose para la muerte, convencido de lo que le iba a suceder. El 5 de noviembre del año 1936, justo el día de la celebración de sus Bodas de Plata, Alfonso Muñoz fue detenido directamente por las milicias de CNT y FAI. Convencieron a su familia de que era mejor que saliera de su escondite: tan sólo le harían unas cuantas preguntas y después lo soltarían. Pero Alfonso Muñoz no regresó nunca.

Su familia nunca supo realmente a dónde se lo habían llevado, pues su cuerpo nunca apareció, a pesar de las muchas pesquisas que se llevaron a cabo, pero al abrirse la investigación con vistas a su Causa de beatificación, se supo que fue llevado, junto con otras víctimas, al zoológico madrileño, entonces situado en el Parque del Retiro, y echado a las fieras para ser devorado.

Andrés Pérez Fernández, 15 años:

Que Dios os perdone, como yo os perdono

Nació el 1 de diciembre de 1920, en Novés (Toledo), aunque pronto fue a vivir a Torrijos. Desde el año 1930 vivió en La Torre de Esteban Hambrán, donde fue martirizado el 25 de julio desde las 7:00 horas, hasta las 13:00. Su familia le describe como un joven de 15 años, que parecía de más edad por su seriedad, honradez y amor al prójimo. Era un joven muy inteligente, de hecho, los maestros de aquel entonces, don Blas y don Emiliano, le habían dicho a su madre: «Andrés nos ha pasado, no hay tema que no sepa; no tenemos más que enseñarle». Y con tan sólo 15 años llevaba la contabilidad y la oficina de la fábrica de alcoholes de don Isidoro Alonso.

El día 25 de julio de 1936, fiesta de Santiago Apóstol, a las 7 de la mañana, se presentaron varios milicianos en casa y le llevaron detenido. Era sabido en el pueblo que era el Presidente de la Juventud de Acción Católica. Su hermano menor, Francisco, fue testigo de todo ello, pues su madre le pidió que fuera detrás de él a ver qué sucedía. El propio Francisco lo narra así: «Cogí de la mano a mi hermano menor Ricardo, que entonces tenía cinco años, y nos fuimos hacia la plaza del Ayuntamiento; al llegar junto a la iglesia, vi a una muchedumbre de hombres y mujeres, y vimos cómo insultaban a Andrés, pegándole con palos, pinchándole con leznas y agujas con una sogá atada al cuello. Llevaba la camisa llena de sangre, lo mismo que la cara y los brazos. La chusma que lo rodeaba gritaba: *Cágate en Dios, en la Virgen de Linares, en el Cristo*, mientras le pegaban y escupían. Mi hermano pequeño y yo mirábamos con estupor, y en un momento volvió la cabeza y nos miró con cara de pena, y, al mismo tiempo, con dulzura (que jamás se me ha borrado la imagen). Mi hermano pequeño no recuerda bien, dada su poca edad, pero yo entonces contaba once años».

«A mi hermano Andrés —sigue relatando Francisco— y a sus amigos Sebas, de 18 años, y Pedro, de 20, los llevaron en varios vehículos al cruce de carretera con la carretera de Extremadura llamado *Las bolas*. Iban unos cuarenta hombres para asesinarlos. Allí les dijeron que podían irse, que quedaban libres, pero mi hermano les dijo: *No lo hagáis, que os van a matar por la espalda*. Pero ellos salieron corriendo, y así los mataron a ellos dos. Andrés estuvo de rodillas rezando, y les dijo: *Ya me podéis matar, que Dios os perdone como yo os perdono*. Según estaba de rodillas le dispararon a los pies, y murió desangrado».

Su hermano recuerda, además, que el día 24 de julio por la tarde, estando en el patio de la casa, Andrés tenía a su hermano pequeño, Ricardo, sentado en sus rodillas, y le decía: «Ricardo, tienes que ser muy bueno, tienes que querer mucho a papá, a mamá y a los hermanos. Yo mañana (por el día 25) me iré muy lejos, al cielo, pero no te preocupes, yo pediré al Niño Jesús por ti, sé muy bueno».

Santiago Mosquera y Suárez de Figueroa, de 16 años:

Prefiero morir antes que ofender a Dios

Nació el 3 de febrero de 1920 en Villanueva de Alcardete (Toledo), y era descrito por sus familiares como un niño de carácter extrovertido, travieso y simpático. Era de los mayores de una familia de 8 hijos y pertenecía a la Congregación de San Luis Gonzaga de Madrid, y estudiaba en el Colegio que los jesuitas tenían en Estremoz (Portugal).

Al estallar la guerra, Santiago tenía 16 años. El día 25 de julio, los milicianos se presentaron en su casa. Decían que iban buscando armas, y en casa de Santiago encontraron dos escopetas de caza. Como su padre se encontraba fuera del pueblo, los milicianos apresaron a sus dos hermanos mayores, Ramón y Luis. Santiago, al ver la injusta detención, se enfrentó a los milicianos, gritando que por qué les detenían, si todo el mundo en el pueblo tenía escopetas para cazar conejos y perdices. Esto hizo que los militares le llevaran preso, a él también, junto con sus dos hermanos. Desde su casa fueron conducidos a la iglesia parroquial de Santiago Apóstol, que hacía de cárcel, como tantas otras iglesias durante la Guerra Civil. Allí, fueron encerrados en las capillas laterales, con rejas y candados, y fueron *salvajemente maltratados*, como cuenta la crónica de su muerte.

El día 15 de agosto, solemnidad de la Asunción, de madrugada, fueron señalados un grupo de 12 personas, encabezados por el párroco de Villanueva de Alcardete. Los fusilaron a unos tres kilómetros de La Villa de Don Fadrique. En aquel grupo estaban Ramón y Luis, hermanos de Santiago. Después de aquello, todavía quedaban en la iglesia-prisión un grupo de 6 personas, entre los que se encontraban Santiago, y el coadjutor de la parroquia de Villanueva, el Siervo de Dios Eugenio Rubio Pradillo. Un día amarraron a Santiago a una estaca, y le obligaron a que blasfemara. «Nunca, aunque me matéis», respondía él. Y así soportó torturas de toda clase, siempre con la misma respuesta: «Puedes pegarme otra vez, yo no blasfemo».

La noche del 24 al 25 de agosto de 1936, los últimos seis detenidos que quedaban fueron conducidos al cementerio de Villanueva de Alcardete para ser fusilados. En la obra del padre benedictino fray Justo Pérez de Urbel *Los mártires de la Iglesia*, se describe con detalle la muerte de Santiago: «Ya están contra el paredón. Una descarga, dos descargas, y el crimen ha sido consumado. Santiago no murió, fue gravemente herido en las piernas por los fusiles. La escena es dantesca. Deseamos que el lector se imagine la escena. Un niño con las piernas destrozadas a tiros, entre los cadáveres de sus amigos, en un cementerio, una noche entera... Todavía tendría confianza en la piedad de los hombres. El 25 de agosto, intentó escapar, pero le fue imposible. El sepulturero se acerca. Crece la confianza en el pecho de Santiago, se ensancha su fe y su corazón late con más ansiedad, y exclama: ¡Piedad, buen hombre, piedad!. La respuesta de los labios es mejor silenciarla. Los testigos declaran que el sepulturero le obligó nuevamente a blasfemar contra Dios, y él responde: *Prefiero morir antes que ofender a Dios*. El cruel asesino tomó un pico y de un golpe acabó con su vida».